

PHILIP K. DICK

CUENTOS COMPLETOS 3

minotauro

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *The Father Thing. Volume Three of the Collected Stories*

Philip K. Dick

© Herederos de Philip K. Dick, por *Philip K. Dick: Collected Stories: Vol. III: The Father Thing*, 1987

Publicado de acuerdo con el autor c/o Baror International,
Inc. Armonk, Nueva York, EE. UU.

El fragmento que aparece en la página 13 procede de una colección de entrevistas que el autor concedió a Paul Williams y que se publicaron en *Only Apparently Real*, Arbor House, 1986.
Tiene permiso de reproducción para esta edición.

© Introducción: Brunner Fact & Fiction Ltd

© 2006, Traducción: Eduardo G. Murillo

© 2006, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial MINOTAURO M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: junio de 2020

ISBN: 978-84-450-0723-5

Primera edición impresa en México: enero de 2021

ISBN: 978-607-07-7264-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

Coto de caza

El profesor Anthony Douglas se arrellanó en su butaca de cuero rojo y suspiró. Un largo suspiro, mientras se quitaba gruñendo los zapatos y los enviaba de una patada a un rincón. Enlazó las manos bajo la oronda barriga y se reclinó, con los ojos cerrados.

—¿Cansado? —le preguntó Laura. Apartó la vista por un momento de los fogones y lo miró con ternura.

—No sabes cuánto.

Douglas vio el periódico de la tarde tirado frente a él en el sofá. ¿Valía la pena? No, en realidad no. Buscó los cigarrillos en el bolsillo de la chaqueta y encendió uno con movimientos perezosos.

—Sí, estoy cansado, ya lo creo. Hemos iniciado una nueva línea de investigación. Un montón de brillantes jovenzuelos procedentes de Washington nos ha invadido. Maletines y reglas de cálculo.

—No...

—Oh, sigo al mando. —El profesor Douglas esbozó una amplia sonrisa—. Ni por asomo. —El humo gris del cigarrillo onduló a su alrededor—. Pasarán años antes de que me lleven la delantera. Tendrán que afinar un poco más sus reglas de cálculo...

Su mujer sonrió y continuó preparando la cena. Quizá se debía a la atmósfera que reinaba en la pequeña ciudad de Colorado. A los sólidos e impassibles picos montañosos que se alzaban a su alrededor. Al aire frío y seco. A los tranquilos ciudadanos. En cualquier caso, las tensiones y dudas que agobiaban a otros miembros de la profesión no parecían afectar a su marido. En los últimos tiempos, gran cantidad de advenedizos agresivos estaban engrosando las filas de los físicos nucleares. La posición de los veteranos, de repente inseguros, se tambaleaba. La nueva horda de jóvenes talentos invadía todas las universidades, departamentos de física y laboratorios. Incluso el Bryant College, tan alejado del mundanal ruido.

Si Anthony Douglas estaba preocupado, jamás lo demostraba. Descansaba plácidamente en su butaca, los ojos cerrados, una sonrisa beatífica en el rostro. Estaba agotado..., pero en paz. Suspiró de nuevo, esta vez más de placer que de cansancio.

—Es verdad —murmuró—. Podría ser su padre, pero aún les llevo una buena ventaja. Conozco mejor el medio, por supuesto, y...

—Y las teclas que hay que pulsar.

—También. En cualquier caso, creo que saldré bien librado de esa nueva línea recién...

Su voz enmudeció.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura.

Douglas se incorporó a medias. Había palidecido intensamente. El horror se reflejaba en sus ojos; se aferraba con fuerza a los brazos de la butaca, y abría y cerraba la boca.

Había un gran ojo en la ventana. Un ojo inmenso que escudriñaba la habitación y le examinaba. El ojo abarcaba toda la ventana.

—¡Santo Dios! —gritó Douglas.

El ojo se retiró. Fuera solo se veía la penumbra de la noche, las colinas y árboles difuminados, la calle. Douglas se hundió poco a poco en su butaca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Laura—. ¿Qué has visto? ¿Había algo ahí fuera?

Douglas se retorció las manos sin cesar y la boca le temblaba con violencia.

—Te digo la verdad, Bill. Lo vi. Era real. En caso contrario, no lo diría, ya lo sabes. ¿No me crees?

—¿Lo vio alguien más? —preguntó el profesor William Henderson mientras mordisqueaba un lápiz con aire pensativo. Despejó un poco la mesa, apartó el plato y los cubiertos y sacó su bloc—. ¿Lo vio Laura?

—No. Estaba de espaldas.

—¿Qué hora era?

—Hace media hora. Acababa de llegar a casa. Sobre las seis y media. Me había quitado los zapatos, estaba descansando.

Douglas se secó la frente con mano temblorosa.

—¿Dices que estaba suelto, que no había nada más? ¿Solo el... ojo?

—Solo el ojo. Un ojo enorme que me miraba. Me examinaba. Como si...

—Como si ¿qué?

—Como si mirara por un microscopio.

Silencio.

La esposa de Henderson, una mujer pelirroja, habló desde el otro lado de la mesa.

—Siempre has sido un empírico estricto, Doug. Nunca te he oído decir tonterías, pero esto... Lástima que nadie más lo viera.

—¡Claro que nadie más lo vio!

—¿Qué quieres decir?

—Esa maldita cosa me estaba mirando a mí. Me estaba estudiando a mí. —Douglas se puso a gritar como un histérico—. ¿Cómo creéis que me siento? ¡Examinado por un ojo grande como un piano! Dios mío, si no fuera tan estable, me habría vuelto loco.

Henderson y su mujer intercambiaron una mirada. Bill, apuesto, de cabello oscuro, diez años más joven que Douglas. Jean Henderson, vivaz, alegre, catedrática de Psicología Infantil, de rotundos senos, vestida con pantalones y blusa de nailon.

—¿Qué opinas? —le preguntó Bill—. Entra más en tu especialidad.

—Es tu especialidad —bufó Douglas—. No intentes explicarlo como una proyección morbosa. He venido a verte porque eres el jefe del departamento de Biología.

—¿Crees que es un animal? ¿Un perezoso gigantesco o algo por el estilo?

—Tiene que ser un animal.

—Quizá sea una broma —sugirió Jean—, o un cartel publicitario. El logo de un ocultista. Alguien lo paseó frente a la ventana.

Douglas procuró contenerse.

—El ojo estaba vivo. Me miró. Me inspeccionó. Después, se retiró, como si se apartara de una lente. —Se estremeció—. ¡Os digo que me estaba examinando!

—¿Solo a ti?

—A mí. A nadie más.

—Pareces curiosamente convencido de que te miraba desde arriba —observó Jean.

—Sí, hacia abajo. A mí. Ni más ni menos. —Una extraña expresión asomó al rostro de Douglas—. Eso es, Jean. Como si viniera de arriba.

Agitó la mano hacia el techo.

—Quizá era Dios —murmuró Bill, pensativo.

Douglas no dijo nada. Palideció y sus dientes castañetearon.

—Tonterías —dijo Jean—. Dios es un símbolo trascendente psicológico que representa fuerzas inconscientes.

—¿Te miraba con aire acusador? —preguntó Bill—. ¿Como si hubieras hecho algo malo?

—No. Con interés. Con considerable interés. —Douglas se levantó—. Tengo que volver. Laura piensa que estoy sometido a algún tipo de presión. A ella no se lo he dicho, claro. No tiene una mente científica. Sería incapaz de asimilar semejante idea.

—Incluso a nosotros nos cuesta —dijo Bill.

Douglas avanzó hacia la puerta, nervioso.

—¿No se os ocurre ninguna explicación? ¿Algún ser considerado extinto que todavía merodee por estas montañas?

—No hay ninguno, que nosotros sepamos. Si me enterara de...

—Has dicho que miraba desde arriba —interrumpió Jean—. No se había agachado para mirarte. Por lo tanto, no puede ser un animal o un ser terrestre. —Meditó durante unos segundos—. Tal vez nos están observando.

—A vosotros no —dijo Douglas en tono quejumbroso—. Solo a mí.

—Otra raza —añadió Bill—. ¿Creéis...?

—Quizá sea un ojo venido de Marte.

Douglas abrió la puerta principal con cautela y escudriñó el exterior. La noche era muy oscura. Una leve brisa soplaba entre los árboles y sobre la autopista. Apenas veía el coche, un cuadrado negro recortado contra las colinas.

—Si se os ocurre alguna idea, llamadme.

–Tómate un par de fenobarbitales antes de meterte en la cama –aconsejó Jean–. Tranquilízate.

Douglas salió al porche.

–Buena idea. Gracias. –Negó con la cabeza–. A lo mejor me he vuelto loco. Dios mío. Bueno, hasta luego.

Bajó la escalera y se agarró con fuerza al pasamano.

–Buenas noches –se despidió Bill.

La puerta se cerró y la luz del porche se apagó.

Douglas se encaminó hacia el coche con cautela. Extendió la mano en la oscuridad, con la intención de palpar la manilla de la puerta. Un paso. Dos pasos. Qué tontería. Un hombre adulto, casi de edad madura, en el siglo xx. Tres pasos.

Encontró la puerta, la abrió, se deslizó en el interior a toda prisa y cerró con el seguro. Rezó en silencio una oración de gracias mientras encendía el motor y los faros. Qué estupidez. Un ojo gigantesco. Algún truco.

Dio vueltas a la idea. ¿Estudiantes? ¿Bromistas? ¿Comunistas? ¿Un complot para volverle loco? Era un hombre importante. Probablemente, el físico nuclear más importante del país. Y el nuevo proyecto...

Dirigió el coche lentamente hacia la silenciosa calzada. Vigiló cada árbol y arbusto mientras el vehículo aceleraba.

Un complot comunista. Algunos estudiantes pertenecían a una organización de izquierdas, una especie de grupo de estudios marxistas. Quizá habían planeado...

Algo brilló, iluminado por los faros. Algo situado al borde de la calzada.

Douglas lo miró, estupefacto. Era algo cuadrado, un bloque largo entre las hierbas que crecían junto a la calzada, donde empezaban los grandes árboles oscuros. Brillaba y centelleaba. Disminuyó la velocidad al mínimo.

Un lingote de oro, tirado junto al margen de la carretera.

Era increíble. El profesor Douglas bajó la ventanilla poco a poco y asomó la cabeza. ¿Era realmente oro? Soltó una carcajada nerviosa. Probablemente no. Había visto oro a menudo, por supuesto. Y aquello parecía oro, aunque tal vez fuera plomo, un lingote de plomo cubierto por una capa dorada.

Pero... ¿por qué?

Una broma. Una tomadura de pelo. Los chicos de la universidad. Habrían visto su coche cuando se dirigía a casa de los Henderson e intuido que no tardaría en regresar.

O..., o efectivamente era oro. Quizá había pasado por allí un furgón blindado. Habría tomado la curva a demasiada velocidad. El lingote habría caído entre las hierbas. En ese caso, había una pequeña fortuna tirada junto a la carretera.

Pero tener oro era ilegal. Tendría que devolverlo al Gobierno. Aunque, ¿no podía quedarse con una simple pieza? Si la devolvía, obtendría alguna recompensa. Varios miles de dólares, probablemente.

Un plan absurdo pasó por su mente: se apoderaría del lingote, lo escondería en una caja, volaría a México, fuera del país. Eric Barnes era propietario de un Piper Cub. No le costaría nada introducir el oro en México. O venderlo. Se retiraría. Viviría con toda clase de lujos el resto de su vida.

El profesor Douglas resopló, irritado. Su obligación era devolverlo. Llamar a la Casa de la Moneda de Denver, contarle todo. O al Departamento de Policía. Dio marcha atrás hasta situarse junto a la barra. Apagó el motor y salió. Tenía un trabajo que hacer. Como ciudadano ejemplar (y bien sabía Dios que más de cin-

cuenta pruebas demostraban con creces su ejemplaridad), tenía un deber que cumplir. Buscó una linterna en el maletero. Si alguien había perdido un lingote de oro, le correspondía a él...

Un lingote de oro. Imposible. Un escalofrío recorrió su cuerpo y atenazó su corazón. Una débil voz le habló con claridad y racionalidad desde el fondo de su cerebro: «¿Quién abandonaría un lingote de oro?».

Algo estaba pasando.

El pánico le invadió. Se quedó petrificado, temblando de miedo. La autopista, oscura y desierta. Las montañas silenciosas. Estaba solo. Un lugar perfecto. Si querían cogerle...

¿Ellos?

¿Qué?

Miró a su alrededor. Ocultos entre los árboles, lo más probable. Esperándole. Esperando a que cruzara la autopista, a que dejara la carretera y se internara en el bosque. A que se agachara e intentara coger el lingote. Un golpe certero; con eso bastaría.

Douglas volvió al coche y encendió el motor. Soltó el freno. El coche saltó hacia delante y aceleró. Le temblaban las manos. Douglas se aferró con desesperación al volante. Tenía que huir. Escapar antes de que... lo que fuera le atrapara.

Echó un último vistazo por la ventanilla bajada. El lingote seguía en su sitio, todavía centelleaba entre las hierbas que bordeaban la autopista, pero sus contornos eran vagos y el aire oscilaba a su alrededor.

De pronto, el lingote se esfumó. Desapareció. Su brillo se fundió en la oscuridad.

Douglas levantó la vista y contuvo el aliento, aterro-
rizado.

Sobre él, en el cielo, algo ocultaba las estrellas. Una

gran forma, tan enorme que le sorprendió. La sombra se movió, el círculo incorpóreo de una presencia viva, directamente sobre su cabeza.

Un rostro. Un rostro cósmico, gigantesco, le miraba. Como una inmensa luna que ocultaba todo lo demás. El rostro flotó un instante, fijo en él..., sobre el lugar que acababa de abandonar. Después, desapareció y se fundió en la oscuridad, igual que el lingote.

Las estrellas reaparecieron. Estaba solo.

Douglas se hundió en el asiento. El coche osciló sin control y se precipitó por la carretera. Sus manos resbalaron del volante y cayeron a los costados. Retomó el volante justo a tiempo.

No cabía la menor duda. Alguien le perseguía. Intentaba atraparlo; pero no se trataba de estudiantes bromistas o comunistas. Tampoco de ningún animal que hubiera sobrevivido a la extinción.

Fuera lo que fuese, fueran quienes fuesen, no tenían relación alguna con la Tierra. Ello, o ellos, procedían de otro mundo. Su objetivo era capturarlo.

A él.

Pero ¿por qué?

Pete Berg escuchaba con atención.

—Continúa —dijo cuando Douglas se calló.

—Eso es todo. —Douglas se volvió hacia Bill Henderson—. No intentes decirme que estoy loco. Lo vi. Me estaba mirando. No solamente el ojo, sino toda la cara esta vez.

—¿Crees que era la cara a la que pertenecía el ojo?
—preguntó Jean Henderson.

—Lo sé. La cara tenía la misma expresión que el ojo. Me estaba examinando.

—Tenemos que llamar a la policía —dijo Laura Douglas con voz tensa—. Esto no puede seguir así. Si alguien le persigue...

—La policía no servirá de nada.

Bill Henderson paseaba arriba y abajo. Era tarde, pasada la medianoche. Todas las luces de casa de los Douglas estaban encendidas. En un rincón estaba sentado Milton Erick, jefe del departamento de Matemáticas, que tomaba nota de todo sin la menor expresión en su arrugado rostro.

—Podemos concluir —dijo el profesor Erick, que hasta hacía un momento sostenía la pipa entre sus amarillentos dientes— que se trata de una raza extraterrestre. Su tamaño y posición indican que no es terrestre.

—¡No puede estar quieto en el aire! —estalló Jean—. ¡No hay nada ahí arriba!

—Es posible que existan configuraciones de materia sin ninguna relación con la nuestra. Una coexistencia de sistemas de universos infinita o múltiple, que tiene lugar a lo largo de un plano de coordenadas totalmente inexplicable mediante nuestros términos actuales. En este momento, debido a una yuxtaposición singular de las tangentes, nos encontramos en contacto con una de esas configuraciones.

—Quiere decir que quien persigue a Doug no pertenece a nuestro universo —explicó Bill Henderson—. Viene de una dimensión muy diferente.

—El rostro fluctuó —murmuró Douglas—. Tanto el lingote como el rostro fluctuaron y desaparecieron.

—Se retiraron —afirmó Bill—. Regresaron a su universo. Por lo visto, entran en el nuestro cuando quieren, a través de una brecha, por así decirlo.

—Es una pena que sean tan grandes —dijo Jean—. Si fueran más pequeños...

—El tamaño juega a su favor —admitió Erick—. Una desgraciada circunstancia.

—¡Estoy harta de cháchara académica! —gritó Laura—. ¡Nos dedicamos a aventurar teorías mientras algo le persigue!

—Esto podría explicar la existencia de los dioses —dijo Bill de repente.

—¿Los dioses?

Bill asintió.

—¿No lo entendéis? En el pasado, estos seres espían nuestro universo. Incluso cabe la posibilidad de que penetraran en él. Los pueblos primitivos les veían y no sabían explicar su presencia. Inventaron religiones en torno a ellos. Les rindieron culto.

—El monte Olimpo —dijo Jean—. ¡Claro! Y Moisés se encontró con Dios en la cumbre del monte Sinaí. Nosotros vivimos en lo alto de las Rocosas. Es posible que solo se produzcan contactos en los lugares elevados. En montañas como estas.

—Los monjes tibetanos habitan en las zonas más elevadas del planeta —añadió Bill—. En la parte más alta y antigua del mundo. Todas las religiones importantes han sido reveladas en montañas y predicadas por personas que vieron a Dios en sus cumbres y bajaron para propagar la buena nueva.

—Lo que no entiendo es por qué le quieren a él —dijo Laura. Extendió las manos en un gesto de impotencia—. ¿Por qué le han elegido a él?

—Creo que está muy claro.

La expresión de Bill era decidida.

—Explícate —gruñó Erick.

—¿Quién es Doug? El mejor físico nuclear del mundo, más o menos. Trabaja en proyectos de alto secreto, relativos a la fisión nuclear. Investigaciones muy avan-

zadas. El Gobierno protege todo cuanto hace el Bryant College... porque Douglas trabaja en él.

—¿Y?

—Le buscan por sus conocimientos, por sus habilidades. Porque debido a su tamaño en relación con nuestro universo pueden someter nuestras vidas a un escrutinio tan minucioso como el que nosotros llevamos a cabo en nuestros laboratorios de biología a..., bueno, a los cultivos de *sarcina pulmonum*. Sin embargo, eso no significa que su cultura sea más avanzada que la nuestra.

—¡Claro! —exclamó Pete Berg—. Quieren los conocimientos de Doug. Quieren arrebatárselos y aplicarlos a su civilización.

—¡Parásitos! —dijo Jean—. Siempre han dependido de nosotros, ¿no lo comprendéis? Hombres del pasado que desaparecieron, secuestrados por esos seres. —Se estremeció—. Es posible que consideren la Tierra su territorio de experimentación, en el que las técnicas y el conocimiento avanzan con grandes esfuerzos... para que ellos se beneficien.

Douglas se dispuso a replicar, pero las palabras no salieron de su boca. Se quedó rígido en la silla, con la cabeza ladeada.

Alguien gritaba su nombre desde fuera.

Se levantó y avanzó hacia la puerta. Todos le miraron, estupefactos.

—¿Qué pasa? —preguntó Bill—. ¿Qué sucede, Doug? Laura le cogió del brazo.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal? ¡Di algo! ¡Doug!

El profesor Douglas se soltó y abrió la puerta. Salió al porche. La luna brillaba débilmente. Una suave luz bañaba el paisaje.

—¡Profesor Douglas!

De nuevo la voz, joven y dulce; la voz de una muchacha.

Una joven se erguía al pie de la escalera, bañada por la luz de la luna. Rubia, de unos veinte años de edad. Vestía una falda a cuadros, un jersey de angora de color pálido y un pañuelo de seda alrededor del cuello. Agitaba las manos en su dirección con nerviosismo; la expresión de su rostro era casi suplicante.

—¿Me concede un momento, profesor? Ha sucedido algo terrible...

Su voz enmudeció y se alejó de la casa, en dirección a la oscuridad.

—¿Qué ocurre? —gritó Douglas.

Apenas oyó la voz de la joven. Se alejaba.

Douglas estaba indeciso. Vaciló pero bajó la escalera a toda prisa en su persecución. La muchacha retrocedió, retorciéndose las manos, la sensual boca deformada por una mueca de desesperación. Los pechos subían y bajaban debajo del jersey, como si ella fuera presa de un terror agónico. La luz de la luna resaltaba cada estremecimiento.

—¿Qué pasa? —gritó Douglas—. ¿Qué sucede? —Corrió tras ella, encolerizado—. ¡Deténgase, por el amor de Dios!

La muchacha se alejaba cada vez más de la casa y de él, en dirección a la gran extensión de césped que señalaba el comienzo del campus. Douglas estaba harto. ¡Maldita chica! ¿Por qué no le esperaba?

—¡Espere un momento! —gritó. Llegó al césped, casi sin aliento—. ¿Quién es usted? ¿Qué demonios...?

Cayó un relámpago. Un rayo de luz cegadora estalló detrás de él, a pocos metros de distancia, y dejó un hueco humeante en la hierba.

Douglas se detuvo, aturdido. Un segundo rayo cayó

delante de él. La ola de calor le arrojó hacia atrás. Tropezó y estuvo a punto de caer. La muchacha se había parado de repente. Estaba silenciosa e inmóvil, el rostro inexpresivo. Parecía un muñeco de cera que hubiera cobrado vida de súbito.

Pero no tenía tiempo para pensar en eso. Dio media vuelta y corrió hacia la casa. Un tercer rayo cayó frente a él. Se desvió a la derecha y se tiró entre los matorrales que crecían junto la pared. Se apretó contra esta, jadeante.

El cielo tachonado de estrellas resplandeció levemente. Un breve movimiento. Después, nada. Estaba solo. Los rayos cesaron. Y...

La chica también había desaparecido.

Un señuelo. Una hábil imitación para alejarle de la casa, para obligarle a salir a terreno descubierto y poder dispararle.

Se levantó, temblando de pies a cabeza, y rodeó la casa. Bill Henderson, Laura y Berg estaban en el porche, hablaban nerviosos y le buscaban con la mirada. Vio su coche aparcado en el camino privado. Si conseguía llegar hasta él...

Escrutó el cielo. Solo estrellas. Ni rastro de ellos. Si lograba subir al coche y escapar lejos de las montañas, hacia Denver, que estaba en una zona más baja, quizá se salvaría.

Respiró hondo. Solo le separaban diez metros del coche. Si conseguía entrar...

Corrió. A toda velocidad. Por el camino particular. Abrió la puerta del coche y saltó adentro. Encendió el motor y quitó el freno con movimientos rápidos.

El coche se deslizó hacia delante. El motor cobró vida. Douglas pisó el acelerador con violencia. El coche dio un brinco. Laura, en el porche, gritó y bajó la

escalera. El rugido del motor ahogó su grito y el de Bill.

Un momento después estaba en la autopista, huyendo de la ciudad por la larga y sinuosa carretera que conducía a Denver.

Llamaría a Laura desde Denver. Se reuniría con él. Cogrían el tren que iba hacia el este. A la mierda el Bryant College. Su vida estaba en juego. Condujo durante horas sin detenerse, toda la noche. El sol salió y ascendió poco a poco en el cielo. Se veían más coches en la carretera. Dejó atrás un par de camiones diésel que avanzaban con lentitud y bastantes dificultades.

Empezaba a sentirse algo mejor. Las montañas iban disminuyendo de tamaño, cada vez más lejanas...

A medida que aumentaba el calor, su estado de ánimo se fortalecía. Había cientos de laboratorios y universidades diseminados por el país. No le costaría continuar su trabajo en otro sitio. Una vez lejos de las montañas, no le atraparían.

Disminuyó la velocidad. El depósito de gasolina estaba casi vacío.

A la derecha de la carretera había una gasolinera y un pequeño café. La visión de la cafetería le recordó que no había desayunado. Su estómago empezaba a protestar. Había un par de coches aparcados frente al establecimiento. Algunas personas estaban sentadas en la barra.

Salió de la carretera y entró en la gasolinera.

—Lleno —le dijo al empleado.

Dejó el coche en punto muerto y salió. La grava estaba caliente. Se le hizo la boca agua. Tostadas, jamón, café humeante...

—¿Puedo dejarlo aquí? —preguntó.

—¿El coche? —El empleado desenroscó la tapa y procedió a llenar el depósito—. ¿Qué quiere decir?

—Haga el favor de llenarlo y aparcarlo. Volveré en unos minutos. Quiero desayunar algo.

—¿Desayunar?

Douglas estaba irritado. ¿Qué le pasaba a aquel tipo? Señaló la cafetería. Un camionero había abierto la puerta mosquitera y estaba de pie en el umbral. Se hurgaba los dientes con aire pensativo. En el interior, la camarera iba de un lado a otro. Percibió el aroma del café, del beicon frito. Sonaba un *jukebox*. Un sonido cálido, amistoso.

—La cafetería.

El empleado dejó de poner gasolina. Bajó poco a poco la manguera y se volvió hacia Douglas, con una expresión extraña en el rostro.

—¿Qué cafetería? —dijo.

El local tembló y se evaporó de súbito. Douglas reprimió un grito de terror. Donde había estado la cafetería solo se veía un campo vacío.

Hierba seca. Algunas latas herrumbradas. Botellas. Desperdicios. Una valla inclinada. A lo lejos, el perfil de las montañas.

Douglas intentó serenarse.

—Estoy un poco cansado —murmuró. Subió al coche con movimientos inseguros—. ¿Cuánto le debo?

—Apenas he empezado a llenar el...

—Tome. —Douglas le tendió un billete—. Apártese de mi camino.

Encendió el motor y volvió a la autopista. El atónito empleado se quedó mirándole.

Por poco. Por muy poco. Una trampa. Y casi había caído en ella.

Pero lo más terrorífico no era eso. Había salido de las montañas y continuaban persiguiéndole.

No había servido absolutamente de nada. No se encontraba más a salvo que la noche anterior. Estaban por todas partes.

El coche devoraba kilómetros. Se estaba acercando a Denver... ¿Y qué? Daba igual. Aunque cavara un agujero en el valle de la Muerte y se escondiera dentro, seguiría en peligro. Le perseguían y no iban a rendirse. Eso estaba claro.

Se devanó los sesos, desesperado. Tenía que pensar en algo, en alguna forma de burlarlos.

Una cultura parasitaria. Una raza que vivía a costa de los humanos, que se aprovechaba del conocimiento y los descubrimientos humanos. ¿No había dicho eso Bill? Iban en pos de sus conocimientos especializados, únicos, en física nuclear. Le habían elegido por su superioridad sobre los demás colegas. Le perseguirían hasta atraparlo. Y luego... ¿qué?

El terror se apoderó de él. El lingote de oro. El cebo. La muchacha parecía tan real. La cafetería llena de gente. Incluso los olores: beicon frito, café humeante.

Dios, si fuera una persona normal, inculta, sin nada especial. Si...

El ruido de un reventón. El coche dio bandazos. Douglas blasfemó. Un reventón. Precisamente ahora.

Precisamente...

Douglas detuvo el coche en la cuneta. Paró el motor y echó el freno de mano. Permaneció sentado un rato en silencio. Por fin, rebuscó en la chaqueta y sacó un aplastado paquete de cigarrillos. Encendió uno lentamente y bajó la ventanilla para que entrara un poco de aire.

Estaba atrapado, sin duda. No había nada que ha-

cer. Estaba completamente solo, entre dos ciudades. El reventón era intencionado, por supuesto. Algo en la carretera, esparcido desde arriba. Tachuelas, lo más probable.

La autopista estaba desierta. No se veía ningún coche. Estaba completamente solo, entre dos ciudades. Denver se encontraba a cuarenta y cinco kilómetros de distancia. No existía la menor posibilidad de llegar allí. Campos llanos, planicies desoladas, le rodeaban.

Nada, excepto la llanura..., y el cielo azul.

Douglas escrutó el cielo. No podía verlos, pero estaban en algún lugar, esperando a que bajara del coche. Una civilización extraterrestre utilizaría sus conocimientos, sus habilidades. Sería un instrumento en sus manos. Un esclavo, nada más.

En cierto modo, era un consuelo. Había sido seleccionado entre todos los miembros de la sociedad. Sus conocimientos y habilidades habían superado los de todos los demás. Se sonrojó levemente. Le habrían estudiado durante cierto tiempo. El gran ojo le habría observado a menudo por su telescopio, o microscopio, o lo que fuera. Habría tomado buena nota de su capacidad y comprendido que era un elemento fundamental para su civilización.

Douglas abrió la puerta del coche. Salió y pisó el recalentado asfalto. Tiró el cigarrillo y lo aplastó con calma. Respiró hondo, se estiró y bostezó. Vio las tachuelas, diminutos puntos de luz sobre la superficie del pavimento. Las dos ruedas delanteras estaban deshinchadas.

Algo brilló sobre él. Douglas esperó, inmóvil. Ahora que había llegado el momento, ya no tenía miedo. Contempló la escena con una especie de curiosidad indiferente. La cosa aumentó de tamaño. Creció y se

expandió sobre su cabeza. Vaciló un momento. Después, descendió.

Douglas no se movió cuando la enorme red cósmica se cerró sobre él. Las cuerdas le apretaron cuando la red se alzó. Subió hacia el cielo, pero estaba tranquilo, en paz, sin ningún temor.

¿Por qué iba a tener miedo? Seguiría con el mismo trabajo de siempre. Echaría de menos a Laura y la universidad, desde luego, la comunidad intelectual de la facultad, los alegres rostros de los estudiantes, pero también encontraría buena compañía allí arriba. Gente con quien trabajar. Mentes disciplinadas con las cuales comunicarse.

La red subía cada vez con mayor rapidez. El suelo retrocedía con celeridad. La Tierra pasó de ser una superficie plana a un globo. Douglas lo observó todo con interés profesional. Sobre la intrincada red distinguió el contorno del otro universo, del nuevo mundo hacia el que se dirigía.

Formas. Dos enormes sombras acucilladas. Dos figuras increíblemente gigantescas agachadas. Una tiraba de la red. La otra miraba y sujetaba algo en la mano. Un paisaje. Sombras difusas, demasiado inmensas para que Douglas las abarcara.

Captó un pensamiento.

Por fin. Cuántas dificultades.

Valía la pena, pensó el otro ser.

Aquellos pensamientos retumbaron en su cabeza. Poderosos pensamientos procedentes de mentes inmensas.

Yo tenía razón. El más gordo. ¡Menuda presa!

¡Pesará sus buenos veinticuatro ragets!

¡Por fin!

De pronto, a Douglas le abandonó la compostura.

Un escalofrío de horror recorrió su mente. ¿De qué estaban hablando? ¿Qué querían decir?

Entonces, le sacaron de la red. Cayó. Algo se acercó. Una superficie plana, brillante. ¿Qué era?

Curiosamente, se parecía muchísimo a una sartén.